

TABASCO

El futuro diferente



El agua se llevó la belleza del Centro Histórico. Muchos edificios resistieron.

Unos días antes de las inundaciones que devastaron Tabasco, **Día Siete** recorrió el río Grijalva y Villahermosa, como parte del proyecto “Andariego” que se inicia en esta edición. El propósito era escribir una crónica de viaje con pocos recursos. ¿Quién se imaginaría lo que venía? En el siguiente texto se narra el resultado de la experiencia, entre sus calles, edificios históricos, parques, zoológicos y museos. Es un relato de lo mucho que se ha perdido. **TEXTO Y FOTO: VERÓNICA DÍAZ FAVELA**

Estuve en Villahermosa unos días antes de que 70 por ciento del territorio de Tabasco se inundara por el desbordamiento del río Grijalva y el Carrizal. Tenía el propósito de hacer una crónica de viaje. La idea era pasar tres días en el lugar, emplear no más de mil 500 pesos en alimentos, traslados y diversión y registrar el trayecto con una cámara fotográfica desechable. Lo que encontré fue una ciudad cuyo principal atractivo turístico era el Parque Museo La Venta, un pedazo de selva incrustado en la ciudad, donde se encuentran las cabezas monumentales. Las efigies son el símbolo del estado y fueron elaboradas por los olmecas, una civilización considerada la madre de las culturas mesoamericanas y cuya época de apogeo ocurrió entre los años 800 y 200 a.C.

El único zoológico que visité fue el que se encuentra den-

tro de el La Venta, y aunque tenía un concepto algo anticuado, daba muestra de la diversidad animal de Tabasco. En el zoológico había, entre otros animales, dos jaguares y una decena de monos araña (ambas especies en peligro de extinción). Todos habitaban espacios que para sus condiciones de vida en libertad equivaldrían a una casita del Infonavit. De hecho, me sorprendió encontrar a ocho serpientes, cada una en un cajón de cemento de aproximadamente un metro cuadrado, con una pared de vidrio.

La única imagen de libertad proveniente del reino animal en el Parque Museo La Venta era la de una manada de 50 tejones que vivían libres en él. Un vendedor de hot dogs conocía bien

sus hábitos y me contó que todos los días los animales atravesaban los barrotos del parque para pasar hacia la laguna de las Ilusiones (justo al lado) en busca de comida. Los tejones recorrían el sendero que bordea la laguna para que los visitantes les regalaran golosinas.

En esa ocasión decenas de personas interrumpimos nuestro paseo por la laguna para ver, divertidos, a la manada. Involuntariamente, los tejones eran una de las mejores atracciones del lugar. Sin embargo, en la laguna de las Ilusiones –uno de los paisajes más bonitos de la ciudad– también se

podía pasear en tricibicis por 30 pesos, c o m p r a r ▶



La mayor parte de los edificios del Centro Histórico sufrieron daños incalculables.

- ▶ artesanía o tomar la bebida típica, el pozol.

Además, era posible observar pájaros y peces de apariencia rarísima (la laguna era zona de refugio y anidación para 40 especies de aves, cinco de mamíferos y ocho de reptiles) y se podía escuchar a miles de pájaros que llegaban al atardecer a guarnecerse en los inmensos árboles que la rodean y que en primavera dan flores de colores.

Los alrededores de la laguna de las Ilusiones se podían observar desde el Mirador de las Águilas. El cuidador me contó que muchos villahermosinos lo usaban para hacer ejercicio: lo subían hasta 10 veces. Y lo hacían por la mañana para evitar al típico calor y humedad del estado, que hacen que cualquier caminata en Villahermosa empape la playera de sudor.

Durante el mediodía el mirador era visitado por los turistas. Por las tardes aparecían las parejas de novios, las familias que paseaban con sus hijos y, de nuevo, los deportistas. Uno de ellos tuvo la amabilidad de detener su carrera ▶

La reconstrucción

En los últimos días de octubre un frente frío provocó intensas lluvias en todo el golfo de México, por lo que varias presas del sur del país llegaron a su máxima capacidad. El 29 de octubre la Comisión Federal de Electricidad comenzó a desfogar la presa Peñitas en Chiapas; para el 31 de octubre, 70 por ciento del territorio de Tabasco estaba inundado. Una de las zonas más afectadas fue el centro de Villahermosa.

Durante los días siguientes, cientos de personas atrapadas en los techos o segundos pisos de sus casas tuvieron que ser rescatadas con lanchas y helicópteros. La actividad económica se paralizó, la agricultura se colapsó, algunas casas y comercios sufrieron de pillaje, mientras que las zonas que quedaron secas padecieron por la falta de alimentos y agua. Miles de tabasqueños se refugiaron en albergues o huyeron a Veracruz.

Las autoridades calculan que el número de damnificados rebasa el millón de personas (más de la mitad de la población) y que las pérdidas económicas rondan los 50 millones de pesos. Estas inundaciones, que alcanzaron tanto a zonas pobres como acaudaladas, son consideradas como las más graves que ha padecido Tabasco en medio siglo. Los daños aún son incalculables. La ayuda nacional e internacional continúa llegando para iniciar la recuperación del estado.



Un alimento tradicional, obligado para los turistas.



El tour por el río Grijalba mostraba los contrastes ciudadanos.

► cuando le pedí que me tomara una foto frente al mirador.

En esa ocasión también una pareja de novios y una quinceañera usaron la laguna como fondo para sus fotos del recuerdo. Era una de las estampas preferidas por los villahermosinos.

Por esa zona recuerdo también a dos guacamayas escarlata (en peligro de extinción) que vivían desde hacía ocho años en una jaula ubicada en el centro de un pequeño espacio público llamado el parque de los guacamayos, ubicado sobre la avenida Tabasco 2000, una de las más afectadas por las inundaciones. Dos trabajadores del ayuntamiento cuidaban 24 horas al día a estas impresionantes aves de plumaje azul, amarillo y blanco.

La avenida Tabasco 2000 también era uno de los paseos favoritos de los villahermosinos; tenía una intensa actividad nocturna. Carros

El museo parecía atrapado en la década de los sesenta. Su ubicación lo hacía muy vulnerable

del año, jóvenes arreglados para la fiesta y bares y restaurantes dispuestos a recibirlos eran una estampa común en el fin de semana. Me tomé una cerveza en el VH Café & Bistro. Está en una esquina de la avenida Tabasco 2000. Tenía una

linda terraza donde la gente charlaba y se tomaba una copa de vino mientras disfrutaban de la vista a la laguna de las Ilusiones, y escuchaban buena música. La única molestia eran los mosquitos.

Otra noche me senté en la plaza Juárez, en el centro de Villahermosa. Un grupo de chavos se reunían en ese lugar para bailar breake dance a cambio de unas monedas. Ahí platiqué con un buzo que trabajaba en Ciudad del Carmen, y que pasaba sus días de descanso en Villahermosa. La encontraba más entretenida que otras ciudades de la región, y aseguraba que mucha gente pensaba

lo mismo; además, me decía, era un lugar de paso obli- ►



Las cabezas monumentales han sido testigo de las mayores tragedias.

► gatorio para comerciantes del sur del país.

Edificios en riesgo

De entre los museos, paradójicamente el que más recuerdo ahora es el que me pareció más feo durante la visita: el Museo Regional de Antropología Carlos Pellicer. Cuando fui me impactó de forma desagradable su olor a humedad y su museografía de hojitas de papel redactadas con máquina de escribir. También me impactó el enorme contraste entre el valor de las piezas en exposición (la mayoría de la cultura olmeca) y el olvido en el que se encontraban. El museo parecía atrapado en la década de los sesenta. Su ubicación, por otro lado, lo hacía muy vulnerable. Se encuentra a un costado del Teatro del Estado Esperanza Iris y exactamente a la orilla del río Grijalva.

Otros edificios y museos valiosos que se podían visitar en el centro de la ciudad eran el Palacio de Gobierno, la Plaza de Armas, la

Iglesia de la Concepción, el Museo de Historia de Tabasco o Casa de Los Azulejos (que tenía una librería interesante en su primer piso) y la Casa Museo Carlos Pellicer. Esta última es la casa donde vivió el hijo pródigo de Villahermosa, el poeta, arqueólogo y político, el creador del Museo Regional de Antropología, del Parque Museo La Venta, del Museo Casa Frida Kahlo en la Ciudad de México y del Museo de Sitio de Palenque.

Para mayores referencias, fue él quien rescató del olvido a las cabezas monumentales y quien proveyó de infraestructura cultural a la ciudad en los sesenta. En su antigua casa, donde vivió hasta los 11 años (aunque en los setenta regresó a Tabasco como senador), había muebles originales, ropa, retratos, poemas, cartas de su puño y letra, y libros, todos peligrosa-

mente cercanos al suelo; la casa es de un piso.

Este pequeño museo, y todos los edificios mencionados antes, están ubicados en la Zona Luz o en el área remodelada del Centro Histórico, donde un mes antes de las inundaciones todavía se podían visitar varias galerías de arte. En la Galería del Jaguar Despertado, por ejemplo, se llevaba a cabo la Bienal Regional de Pintura Miguel A. Gómez Ventura. La gente podía escribir el nombre de la pintura que más le gustara y depositar su voto en una cajita.

Además de albergar a galerías, la Zona Luz también se distinguía por los cientos de negocios que había en ella; sobresalían los hoteles, las tiendas de ropa para mujer, las joyerías y los restaurantes. El Rock & Roll, por ejemplo, era un sitio de mariscos donde se podían comer las características empanadas de pejelagarto al ritmo de la música que tocara la rockola.

La actividad en esta zona empezaba desde muy temprano, y se reflejaba en las calles adoquinadas, tapi- ►



Las piezas en los museos estaban en sitios vulnerables.

En esta casa-museo vivió el poeta e hijo pródigo de Tabasco.

▶ zadas de árboles y de cientos de personas que iban de un lugar a otro. Los fines de semana había música en el malecón.

Uno de los lugares más tranquilos de esta zona, en cambio, era el Café de la Calle Juárez, donde se podían comer los típicos tamales de chipilín o unos plátanos con crema. En sus paredes había retratos muy antiguos de Villahermosa, mientras que sus mesas eran ocupadas por hombres mayores que iban a leer el periódico, charlar y tomar café; los meseros eran jóvenes estudiantes.

En el río Grijalva

Muy cerca de ahí, en el malecón, tomé el último paseo del viaje. Hasta antes de las inundaciones se podía hacer un recorrido de dos horas por los ríos Grijalva y Carrizal. El viaje se hacía

Nos preguntamos qué pasaría cuando, irremedi- ablemente, ocu- rriera la siguiente inundación

en el barco Capitán Beuló II y costaba 160 pesos por persona. En esa ocasión, el capitán aceptó darnos un paseo de media hora por el Grijalva (por 80 pesos) porque sólo llegamos al malecón seis turistas. Era temporada baja.

Durante el trayecto repartieron cervezas, y una grabación nos contó la historia del río y nos detalló sus dimensiones. Mientras tanto, a otro de los pasajeros y a mí nos llamó la atención ver tantas casas fincadas a la orilla del Grijalva; algunas eran muy modestas, otras lucían lujosas. Durante esa media hora intentamos adivinar –sin éxito– hasta dónde había llegado el agua durante las inundaciones de 1997, y respondimos a los saludos que lanzaban a nuestro paso los niños que jugaban y vivían a la orilla del río. También nos preguntamos qué pasaría con ellos cuando, irremediablemente, ocurriera la siguiente inundación. •



**Muchos de los
atractivos turísticos se
perdieron. Otros que-
daron dañados.**